

ñas en que se había aplicado, con los que se habían dejado sin tratamiento, que se encontraban admirados de los felices resultados obtenidos y sólo deseaban que se pudiera aplicar en gran escala dicho producto. Estimo, pues, estimado Secretario Ejecutivo, que Ud. haría el mayor servicio a la agricultura nacional, al examinar los resultados obtenidos en numerosas experiencias que hay hechas en diferentes zonas del país, y creo también firmemente que el producto caliche, que contiene más de 30 sales metálicas indispensables para el equilibrio de los suelos evitando su agotamiento, constituirá un nuevo monopolio mundial con que la naturaleza nos ha favorecido, y que terminó en el salitre con su fabricación aprovechando el nitrógeno del aire, pues las sales y minerales que contiene el Caliche no pueden obtenerse de manera artificial.

Es, pues, muy necesario vencer las resistencias y la indiferencia de los organismos del Estado, alegando que contiene un gran porcentaje de materia inerte, cuando esto no es efectivo, ya que el total del producto Caliche se combina con la tierra y la ayuda a ésta en su trabajo productor.

Estimo que una manera eficaz de intensificar los estudios y ensayos, sería la de propiciar aplicaciones a cargo de las Cooperativas Agrícolas, que podrían hacerlo en forma controlada y estadística, para lo cual podrían otorgársele algunas primas por la labor que desarrollen.

En manos del Ministerio está hoy día una palanca de insospechado progreso para la conservación de los suelos, para la defensa de las plagas, para el rendimiento de la producción, y para un nuevo producto de exportación que constituiría un nuevo monopolio mundial para Chile.

Estimo que el estudio de este producto debería tener la primera prioridad en las preocupaciones del Ministerio de Agricultura, siempre que se efectúen con entusiasmo constructivo y con el espíritu de que se está experimentando una actuación revolucionaria y patriótica para el agro chileno y la economía nacional. Lo saluda muy atentamente su afmo. amigo y servidor.

Enrique Curti C.

Senador por Ñuble, Concepción y Arauco"

DON FULGENCIO RODENAS, UN BOTANICO CHILENO DEL SIGLO 18

por GUALTERIO LOOSER

Decir quién fue el primer botánico o botanófilo de Chile, cronológicamente hablando, es cosa ardua y probablemente insoluble.

Ya en los más antiguos documentos que existen sobre nuestro país hay pasajes que la botánica puede aprovechar, por ejemplo, en las *Cartas* que el Conquistador don Pedro de Valdivia dirigió al Emperador Carlos V. Mucho más extensas y valiosas son las numerosas noticias que trae el Padre Alonso Ovalle en su *Histórica Relación del Reyno de Chile*, publicada en Roma el año 1646 y algo semejante puede afirmarse de la *Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano* del Padre Diego de Rosales salida de las prensas en 1877-1878, doscientos años después de la muerte de su autor.

En estas dos grandes obras de méritos indudables y que, con justicia, son consideradas dos clásicos de nuestra época colonial, podemos encontrar valiosas noticias botánicas, no pocas de notable precisión, que nos permiten señalar en ocasiones el género y aun la especie.

Noticias dispersas utilizables para la botánica, pueden encontrarse en muchas otras obras coloniales y citaré sólo al Maestre de Campo don Pedro de Córdoba y Figueroa y al Padre Miguel de Olivares.

Pero las obras de estos autores, no obstante su valor innegable en ciertos aspectos, de ningún modo podemos considerarlas obras botánicas, ni siquiera en parte, ni ellos jamás pensaron en hacer botánica y las noticias sobre la ciencia de Flora que aparecen en ellas, son más bien subproductos, anexos secundarios, entre otros asuntos de más interés para sus autores. Y probablemente en toda nuestra larga época colonial, el único que puede ser calificado de naturalista y botánico en sentido propio, es el abate don Juan Ignacio Molina, aunque de seguro hubo más de alguno que sintió un interés que podemos calificar de científico por nuestras plantas.

Ya en otra ocasión me referí al notable informe sobre los árboles chilenos, que don Judas Tadeo de Reyes mandó al Rey de España, don Carlos IV en 1792 (1).

El Presidente de Chile don Ambrosio Benavides, en carta que en agosto de 1786 dirigió al Marqués de Sonora, para comunicarle el envío de plantas medicinales, le expresa que "para el acopio y acomodo de estos arbustos me he valido como en el anterior envío de don Juan José de Concha, *facultativo botánico...*", Concha era médico de Santiago. Véase Enrique Laval M.: *Botica de los Jesuitas de Santiago*. Asociación Chilena de Asistencia Social. Biblioteca de Historia de la Medicina en Chile II. VI y 205 págs., Santiago, 1953; cfr., pág. 17.

Ahora deseo referirme a una curiosa noticia que nos da don Hipólito Ruiz, el notable botánico español de los últimos tiempos coloniales y jefe de la Expedición Botánica que Su Majestad Católica, el Rey don Carlos III envió a sus reinos del Perú y Chile y que, con sus compañeros don José Pavón y don José Dombay, tanto contribuyó a dar a conocer nuestra flora en las monumentales obras que fueron el fruto de la expedición.

Cuenta don Hipólito que a poco de llegar a esta muy noble y muy leal ciudad de Santiago, el Jueves Santo 15 de abril de 1783, hace ya más de 180 años, conoció a "un hábil farmacéutico", don Fulgencio Rodenas, que demostró el mayor interés en los trabajos de la expedición y en aprender botánica, lo que le costó algunas curiosas aventuras y sinsabores.

Copio completo el pasaje respectivo de la "Relación" que nos dejó don Hipólito Ruiz:

"Hallándome como a dos leguas de Santiago, cogiendo esta planta (don Hipólito se refiere al *Eccremocarpus scaber*), con mi compañero Pavón y un hábil farmacéutico, don Fulgencio Rodenas, boticario en la botica de la Compañía, que deseoso de aprender la botánica me seguía al campo por la segunda vez, tuvimos la más divertida aventura que pudiéramos desear en aquella campiña. El caso fue que mi nuevo discípulo, como nada práctico en herborizar, se apeó de su caballo, como lo habíamos hecho los dos compañeros y mi esclavo y, sin cuidar de atar su caballo, se sentó a colocar entre papeles algunas ramas de la planta y cuando más descuidado estaba nuestro profesor, unos lejanos relinchos de unas yeguas alborotaron al caballo, que sin licencia del amo partió de carrera, dando relinchos por aquellos campos, llevándose las alforjas con el fiambre y dejando a nuestro nuevo botánico a pie. Este y mi negro salieron en busca del caballo; pero volvieron después de un gran rato, cansados ambos de dar vueltas y sin haberlo hallado. Nuestro farmacéutico, que venía sudando y cansado con las alforjas vacías y con el pellón al hombro, se tendió rendido sin saber qué arbitrio tomar para continuar el viaje. Ya repuesto de la fatiga salió en uno de

nuestros caballos a pedir a una casería una bestia en qué poder seguirnos, y en efecto le alquilaron un rocín que, además de estar matado y como una flauta, era sin igual lerdo y no tenía otro mejor paso que un durísimo y perezoso trote, por lo que, y por ir sumamente embarazado con un puñado de plantas y con su cartera, que se reducía a un pergamino bastante roñoso, que había servido de aforro a algún libro viejo, y a unos seis u ocho pliegos de papel de estraza, demasiado arrugados, iba hecho un mártir de la botánica, sufriendo con paciencia el continuo molimiento de aquel semiesqueleto trotón. Con estos movimientos se le caía a cada instante la cartera, por lo que le aconsejé la metiese debajo de las asentaderas, motivo sin duda para venir a pocos pasos al suelo con su humanidad, con su manojito de plantas y cartera. Nada de esto le acobardó, pues con valor volvió a montar y nos siguió hasta lo más interno de la quebrada de Ramón, en donde, después de haberle registrado, nos pusimos a comer, a la orilla del cristalino arroyuelo que desciende por ella de la Cordillera, nuestro fiambre. Durante la comida se renovó la memoria de los varios accidentes ocurridos en esta segunda herborización y comparándolos con algunas de las aventuras del famoso don Quijote, dimos entre todos la más divertida salsa a nuestra fría y sencilla comida. Sin embargo, de las molestias que padeció este instruido profesor, no desistió de continuar otras herborizaciones conmigo y probablemente hubiese conseguido el fin que se propuso si las órdenes que recibimos del Superintendente del Perú, no nos hubiesen precisado a pasar a Lima para regresarnos desde allí a España, mediante a que el tiempo de los cuatro años que debía durar nuestra comisión estaban ya bien cumplidos".

Aquí concluye el divertido relato (2) que nos hace el ilustre don Hipólito Ruiz, de la *via crucis* del aprendiz de botánico que encontró en Santiago. Entre bromas y bromas simpatizó con don Fulgencio Rodenas y reconoció en él un sincero deseo de acrecentar sus conocimientos botánicos, pues, como farmacéutico (de "hábil farmacéutico" lo califica don Hipólito) ya debía de tener nociones (3).

He procurado buscar algunos datos adicionales sobre don Fulgencio Rodenas y he encontrado noticias valiosas en la notable memoria sobre la *Botica de los Jesuitas de Santiago* del Dr. Enrique Laval (a que me he referido más arriba; véase pág. 14).

Don Fulgencio Rodenas inició sus estudios de medicina en la santiaguina Universidad de San Felipe, en 1775 y dos años más tarde rindió sus exámenes de primer año, al siguiente de 1778 el de segundo y solamente en 1785 el de tercero, pero no se graduó.

Rodenas prestó sus servicios durante varios años como

oficial de la Botica de los Regulares Expulsos de la Compañía de Jesús de Santiago y que era de muy lejos la mejor del Reyno de Chile. El 2 de mayo de 1783 obtuvo del protomédico Dr. José Antonio Ríos el título de boticario; tres días después se le autorizó para instalar botica en Santiago. En diciembre de 1789 se fue a Concepción con permiso para abrir oficina allí y ayudar como practicante en la prevención de la viruela y tratamiento de los variolosos.

Subrayaré que don Fulgencio Rodenas obtuvo el título de boticario pocos días después de la llegada de la Expedición Botánica de Ruiz y Pavón a Santiago y no será suspicacia abusiva de mi parte suponer que don Fulgencio, ni corto ni perezoso, aprovecharía la feliz oportunidad de enfrentarse con lumbreras de la ciencia de la metrópoli para vincularse con ellos, lo que le serviría de muy buena recomendación ante sus examinadores. ¡Tenía sus sistemitas de "calentar" exámenes don Fulgencio! (4).

Nada más añadiré, sino solamente un recuerdo de simpatía para este lejano y olvidado precursor de los botánicos chilenos y rogar a éstos que, cuando tengan ocasión en el curso de sus estudios y siguiendo una vieja costumbre botánica, no se olviden de dedicarle alguna vez una nueva especie o un nuevo género de plantas chilenas, que él estudió con apasionado entusiasmo bajo la dirección esclarecida del maestro de la botánica don Hipólito Ruiz.

N O T A S

¹Un trabajo botánico atribuido a María Graham y don Judas Tadeo de Reyes. *Revista Universitaria* (Universidad Católica de Chile) 42 (2): 37-46, 1957.

Del informe de Reyes, sólo se conocía la versión inglesa publicada por María Graham en 1824. El recordado historiador y filólogo don Miguel Luis Amunátegui Reyes, descendiente directo de don Judas Tadeo de Reyes, poseía un manuscrito con el texto castellano original inédito y me permitió sacar una copia, que se publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 124: 213-236, 1956.

²El pasaje copiado se encuentra en las págs. 276-277 del primer tomo de la *Relación histórica del viaje, que hizo a los reynos del Perú y Chile el botánico d. Hipólito Ruiz en el año 1777 hasta el de 1783, en cuya época regresó a Madrid*. Segunda edición, enmendada y completada. Publicada por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid bajo la dirección del Dr. Jaime Jaramillo-Arango, 2 tomos, Madrid 1952.

En la primera edición de la *Relación* publicada en la misma ciudad en 1931 por el Padre Agustín Barreiro, no aparece el pasaje sobre don Fulgencio Rodenas.

³Aunque el Dr. Laval no lo afirme de un modo expreso, se desprende de su estudio sobre la Botica de los Jesuitas de Santiago (p. 15), que hubo en la misma época en nuestra capital dos individuos que se llamaban *Fulgencio Rodenas* y ambos dedicados a la farmacia. El 16 de septiembre de 1769 el Dr. Hevín dirigió al Presidente Balmaceda* una nota respecto a las personas que podrían hacerse cargo de la Botica de los Jesuitas, que estaba acéfala debido a que el Virrey Amat insistía en la expulsión del Hermano Zeitler, que seguía regentándola no obstante la orden de expulsión general de los miembros de la Compañía de Jesús, pues no había otro con los conocimientos suficientes. Aunque con menores conocimientos, sólo dos personas podrían reemplazarlo, el Dr. Juan Alvarez y don Fulgencio Rodenas y acerca de este último informa que "es un hombre de muy avanzada edad, habitualmente enfermo de llagas en la garganta que en mi concepto manifiestan malignidad y por una y por otra causa aun no es suficiente a dar expedición al corto botiquín con que se mantiene". Es claro que este don Fulgencio Rodenas que era "de muy avanzada edad" en 1769, no pudo ser el mismo que catorce años más tarde, en 1783, fue discípulo de don Hipólito Ruiz, y que era sin duda en esta última época un hombre joven. Eran quizás padre e hijo o parientes.

⁴Arthur Robert Steele se hizo eco ya de las aventuras de don Fulgencio Rodenas y las comenta con buen humor en su hermoso libro *Flowers for the King. The Expedition of Ruiz and Pavon and the Flora of Peru*. XV y 378 p. ilustrado. Duke University Press, Durham, North Carolina 1964. Puede verse mi comentario bibliográfico acerca de este libro en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* N° 132 correspondiente al año 1964. La obra de Steele, que debiera traducirse al castellano, es la historia humana de la Expedición Ruiz y Pavón con todas sus grandezas y sacrificios y también con sus envidias, rivalidades y pequeñeces.